

# LA VUELTA DE LOS DÍAS

## RETROSPECTIVA DE ROGER VON GUNTEN

JUAN GARCÍA PONCE

CUANTO MÁS PRODIGIOSA es la representación tanto más se tiende a evocarla aunque no sea más que para repetirla mediante las palabras y en la medida de lo posible afirmar sus prodigios. Este es el caso de la exposición retrospectiva de Roger von Gunten. La aparición de prodigios es continua. Su presencia data del primer cuadro incluido en esta exposición realizado hace treinta y un años. Importa señalar esto: explica la vastedad de la exposición. Roger von Gunten no sólo es siempre un gran pintor, un gran dibujante, un gran artista en una palabra, sino un artista volcado por completo hacia la obra. Él es su obra; su obra es él: la identificación es absoluta. Para conocerlo sólo hay que ver, nada más ver, los cuadros de Roger von Gunten. Él no existe: se ha propuesto convertirse en esa obra que lo representa. En ella está, con todas sus características, sus idiosincrasias, cada una de sus peculiaridades y de sus gustos, el hombre Roger von Gunten. Esto ocurre siempre con el gran arte: no es necesario haber conocido a su creador: sus obras nos lo revelan. Ya se dice en textos más profundos y definitivos: "Por sus obras los conoceréis".

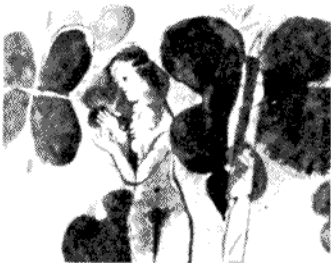
Pero con un lenguaje que sólo se cuenta a sí mismo para comunicar lo que contemplamos en esta exposición ¿a quién conocemos? Las obras nos hablan de una vastísima variedad, nos perdemos en ellas; como todo el arte, tienen el poder de hacernos olvidar que somos alguien aparte del que las contempla. Pero al apartarnos nada más nos queda el recuerdo de esa momentánea identificación. Sólo somos los que hemos avanzado por el mundo de Roger von Gunten y nos hemos entregado a él; hemos sido devorados por él y ahora estamos aparte preguntándonos ¿qué mundo es éste? Lo más sencillo y seguro sería con-

testar simple y complejamente es el mundo; pero con esto estamos afirmando todo y no estamos diciendo nada. Mucho más verdadero es confesar es el mundo tal como Roger von Gunten nos lo hace visible mediante las artes plásticas a través de un oficio, adquirido con paciencia, con dedicación, para lograr mostrarlo. Lo importante es esa visibilidad. Ella nos revela que a Roger von Gunten le interesan las mitologías; los sueños diurnos y nocturnos; el erotismo; la belleza femenina; la humildad del homenaje masculino ante la mujer; la sumisión en la que se encuentra y se posee el poder de esa belleza; los árboles, las montañas, el mar, el cielo, los buques, muchos otros objetos creados por el hombre. Para ponerle coto a una enumeración interminable debemos decir que le interesan el color, la línea, las formas capaces de mostrar esa larga suma y convertirla en un solo resultado: el arte.

Esta es una realidad en la que se contienen y se hacen manifiestas muchas otras realidades que lo alimentan y lo hacen posible convirtiéndolo en algo imposible: la multiplicidad de lo uno. ¿Es una declaración religiosa? Probablemente. El arte es una o puede ser una religión cuya característica es no tener Dios, ni siquiera puede serlo su creador teniendo en cuenta su desaparición dentro de él. Un Dios desaparecido deja de ser Dios, a pesar de todas las comprobaciones antológicas de la existencia de Dios que puedan recordarse. En este caso, en el caso de las obras de arte, como lo son las de Roger von Gunten, lo presente son las obras. Pero su capacidad para hacer visible hasta lo invisible oculto antes de que sus obras lo pongan a la vista, es un atributo de la creación, con la salvedad de que el creador puede desaparecer, morir, y las obras per-

manecen más allá de él. Más vale tratar de hablar de los cuadros directamente.

La primera obra incluida en esta exposición permite reconocer la presencia de Paul Klee en la mirada de Von Gunten. Es una presencia benéfica. "La pintura no reproduce lo visible, hace visible", dice Paul Klee en su *Credo creador* y Paul Klee es tan personal que no admite seguidores, sólo admiradores. Roger von Gunten advierte en seguida esa circunstancia. No olvida, en cambio, algo evidente en el mundo de Klee: se procede por acumulación y los géneros del oficio no importan. Vale la mirada. ¡Cuánto ha mirado Roger von Gunten! Y su oficio como pintor lo ha hecho todo suyo hasta tal punto que ahora podemos reconocerlo de inmediato. "Ese es el mundo de Roger von Gunten", podemos decir y puntualizar: "Ese es el mundo convertido en arte por Roger von Gunten". Unas veces se trata de una calma, un sosiego, una tranquilidad. Estamos contemplando un paisaje, el cielo, la tierra, la particular luz del sol en un determinado lugar y a una hora determinada, algún lago, un pino... En otras ocasiones es un desnudo imponiéndose sobre los demás elementos del cuadro; puede tratarse también de una



Ulises con Nausicaa. Acrílico 26x38, 1968

máscara, de una apariencia fantasmal surgida de la noche y rodeada por la noche. Quizá pertenece a la noche: tal vez la noche pertenece a esa figura, esa máscara, ese fantasma. También puede hacerse un cuadro con una acumulación de elementos heterogéneos cuya unidad

es posible gracias a la composición que lo convierte en un cuadro en el que están presentes los diferentes elementos que hieren la imaginación de Roger von Gunten y él consigue convertirlos en un orden secreto. Este es un creador y esta es la pintura. En ella, tal como nos lo

hace sentir Roger von Gunten, cualquier cosa es posible siempre y cuando el pintor nos convenza sirviéndose de la acumulación o de la eliminación. Lo que está vivo es el arte de Roger von Gunten y lo que vive en él es la pintura.

## LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

**SERÁ BIEN REINAUGURAR** mi viejo Litoral, agradeciendo a Octavio Paz esta posibilidad de su traslado. Aclaración innecesaria: el presente es otro Litoral. Durante dieciocho años redacté una sección con este nombre en *La Gaceta*: Era una columna "institucional", que admitía —readaptándolas a mis métodos, por supuesto— esporádicas colaboraciones ajenas, y pretendía, sin lograrlo por completo, atenerse a materias e informaciones relacionadas con actividades a mi cargo. De ahí el uso, a la sazón invariable, de la primera persona del plural. Ahora, las premisas han cambiado y este litoral —ya *mío*, en la medida en que pueda ser de alguien en particular cualquier texto que busque nutrirse de la respiración colectiva— hablará por sí mismo y por su autor, exclusivo responsable de sus dichos y opiniones. Esta columna no mantendrá, pues, su anterior institucionalidad. ¿"Institucional"? Muchos recientes sucesos me han convencido de la insignificancia, en el México moderno, de tal palabreja, cuya realidad contemporánea se encierra y agota en la I del PRI.

La antinomia y la ambigüedad han sido siempre características de la *polis* (más o menos) democrática, y dondequiera tiñen, por tanto, el comentario político, incluido el de tipo literario. Pero en nuestra situación nacional son hoy notoriamente abundantes y angustiosas la antinomia y la ambigüedad. La prudencia aconsejaría, entonces, callarse la boca; inveterado precepto de la tradición mexicana. Ahora bien, ¿a qué conduce el silencio ininterrumpido en las actuales condiciones del país? ¿No es una ab-

dicación de la responsabilidad que nos concierne como ciudadanos?

Urge, sí, la cautela, el no precipitarse al puro desahogo temperamental ni al escueto celo doctrinario. Si deseamos que algo cuente la opinión de los escritores, tratemos de formularla a la vista de cuantos elementos para el juicio nos sean accesibles, y asociando el realismo a la honestidad crítica. No será fácil estabilizar tamaño equilibrio: el ego y los prejuicios —no todos inválidos— nos hierven aquí y allá. Conviene, a menudo, poner en la medida de lo posible las cartas sobre la mesa. Pero no se recomienda que sean dichas prevenciones las cartas básicas.

Paradójicamente, lo que Marx y Freud nos legaron, tras monumentales esfuerzos para depararnos las bases científicas de un mundo objetivo, fue la demostración de que la total objetividad, en los ámbitos del pensamiento, no existe. Siempre seremos dúctil presa de la ideología (en el sentido marxista de la palabra) y de la racionalización (en el sentido freudiano); cuyas coordinadas varían, en rigor, de grupo a grupo, y, quiérase o no, también de individuo a individuo. En última instancia —y en términos más coloquiales— cada uno habla de la feria como le fue en ella.

Pero al público lector no suele preocuparle cómo le ha ido en la feria a Fulano y a Mengano, sino cómo va la feria misma, qué piensan los más conspicuos personajes que en ella danzan, y hacia dónde marcha el país que la goza o padece.

"Tarde o temprano —solía decir el memorable Jesús Reyes Heróles— se hace necesario escoger entre dar gusto a la clientela política o ejercer el poder. Porque el poder, si no se ejerce, no es nada." El actual gobierno de la República, para fortuna de sus gobernados, ha optado en varias ocasiones decisivas por el ejercicio de la autoridad legítima, ajustando las cuentas a ciertos parroquianos tradicionales que detentaban alarmantes feudos. Esto se antoja encomiable e indiscutible. Lo que ya se justifica menos es la vaga complacencia que de trecho en trecho parece mostrarse con ruidosos intereses de diversa índole, sólo para orillarlos a participar en un clima de somera armonía.

Entendámonos. Ésta es hora de concordia más que de atizar hogueras y diferencias. Si hemos de enfrentarnos a la crisis con alguna esperanza de resolverla en el futuro y siquiera atenuarla en el presente, vamos a requerir el concurso de todos —o casi todos. Pero el espíritu de conciliación no exige hipotecar la *res publica* a cuantos históricamente se han obstinado en dominarla imponiendo a los demás —aun cuando más bien que de golpe, lo hagan en forma gradual— sus particulares dogmas y restricciones.

Y si vamos a modernizar nuestra vida social, comencemos por reconocer que la contradicción es un hecho inherente a la civilización moderna. No es lo mismo el diálogo honesto que la sumisión a la hegemonía oficializada de una doctrina ajena. No deben confundirse (por sumo ejemplo) la religión y el inalienable de-

recho humano a profesarla, con la secular maquinaria de quienes se sirven de una religión determinada, cualquiera que sea, para oprimir y reprimir al prójimo que por uno u otro motivo rehúsa tal imperio de dogmas mundanos con máscara espiritual. Todavía está fresca la huella del franquismo.

Pero no nos pongamos solemnes ni abstractos. Para hablar en el lenguaje del pueblo, o al menos, en la jerga de don Elpidio Muro Rojo, traeré a colación algunos de los renglones que no cesa de enviar a esta columna —“hospédese donde se hospedare”— su fiel correspondiente de antaño: “Supongo —me escribe don Elpidio— que usted sí se atreverá a divulgar los comentarios que las más famosas tribunas me censuran, por la peregrina constatación de que soy un liberal chapado a la antigua, de los que ya no se usan; ojalá que su pluma alimentada por la mía, y protegida por la libertad de expresión que ahora se le dispense, me permita clamar a los cuatro vientos esta verdad urgente, a saber: que nuestro clero político también tiene su PRI: Prigione [prisión o cárcel es por cierto lo que este apelativo significa en italiano]; y que *podría* tener un llamante grito de guerra: *remember the Alamillos!*”

Muro Rojo no es un Juan de Mairena. Pero tiene su ingenio, y en medio de tanta amargura ambiental sabe a ratos lanzar su gotita de higiénico humor. Cuando los periódicos anunciaron que el Senado estadounidense estaba reconsiderando (no se sabía entonces por cuánto tiempo) el nombramiento del señor Negroponte como embajador de su país en el nuestro, el cada vez más sofisticado don Elpidio rimó, y me remitió, el epígrama siguiente:

*¡Cielos, que John Dimitri Negroponte se vaya por lo pronto al Aqueronte me parece muy justo, y además a México le otorga su minuto de paz!*

Don Elpidio Muro Rojo podrá no tener razón, pero tiene razones...

Max Scheler, como lo sabe cualquier lector pasablemente culto, escribió un juicioso ensayo sobre *El resentimiento en la moral*. No menos útil sería un tratado contemporáneo en torno al “resen-

timiento en la crítica”. Las últimas generaciones mexicanas de críticos literarios se hallan plagadas de mediocres empecinados en una perpetua campaña contra quienes se han atrevido a rechazar sus presiones y obras de todo tipo, o a ponerlas en el lugar que merecen. Pero lo peor no es la mera comprobación numérica, sino que tales mediocres acaban siendo, a la larga, dueños y señores del terreno crítico, sostenidos por el a veces explicable miedo de los editores —y aun de sus mejores colegas, escritores y críticos nada mediocres— que temen aquellos profusos rencorillos. En tal caso, el dilema sería: escoljan ustedes entre complacer a la clientela (cediendo al chantaje) o coadyuvar a la higiene de las letras.

Convengamos en que se requiere cierto grado de terquedad mesiánica para resistir presiones políticas o pseudoliterarias. Como decía, en tiempos de mayor franqueza, el pretelevivo Juan José Arreola: “Toda editorial tiene su departamento de claudicaciones.”

María Zambrano. De pronto, en ambos lados del Atlántico, no se habla más que de ella. Se le premia, se le comenta, se transcriben sus opiniones. Hubo aquí una alegre época, sin embargo, en que uno de los pocos que pregonaban su valía era el pintor Juan Soriano. Escasos o infértiles eran sus demás lectores, si los había. Un buen día, por estricta casualidad, me puse a hojear su breviarío sobre *El hombre y lo divino*. No sólo me encantó: a la sazón andaba yo investigando las posibles fuentes de la poesía —o la poética— de Gilberto Owen; el breviarío de la Zambrano me abrió los ojos al orfismo, al pitagorismo, etc. Continué admirándola y citándola con el mínimo pretexto. Le escribí, tras de averiguar su paradero, pidiéndole manuscritos, opúsculos inéditos, lo que fuera, para que el Fondo los publicara. Me contestó agradecida por la admiración, pero con excusas y evasivas frente a la solicitud. Quedamos en que nuestro común amigo José Manuel Ullán, en España, reuniría y prologaría, para su edición por nosotros en México, una selección de su obra. La hoy célebre discípula de Ortega y Gasset permitió a nuestra serie madrileña “Sombras del origen” incluir una reedición de su *Filosofía y poesía*, páginas escritas en Morelia “en

el cálido otoño de 1939”. En cambio, nunca supe en que paró el asunto combinado con Ullán, ya que no tuve ulteriores noticias al respecto. Comoquiera, celebren el tardío reconocimiento que hoy se otorga a esta mujer extraordinaria. (Después de todo, la mayor parte de los reconocimientos suelen ser tardíos. Y mejor es la tardanza que el olvido cabal, o el premio póstumo.)

Día con día, se proclaman las ventajas y el deber moral de practicar el nacionalismo económico. Consume productos mexicanos. Evita los extranjeros. Protéjase la industria nacional. Muy bien. Entretanto, si vamos al supermercado advertiremos lo siguiente: El único tequila genuino, el Herradura, cuesta dos veces y media más que el auténtico vodka polaco. Uno de los pocos vinos apenas decorosos que nuestro país ha llegado a producir cuesta doce o catorce mil pesos, mientras que un blanco del Rhin o un moderado tinto Rioja o Burdeos puede obtenerse por alrededor de ocho mil. Una mostaza nacional cuesta cuatro mil, mientras que una legítima francesa, al estragón o al vino blanco, no llega a los tres mil seiscientos. Por supuesto, se trata de artículos de lujo. No obstante, amigos de *Vuelta*, ¿no creen ustedes que por mala que sea la planificación estatal, la iniciativa privada tampoco está como para darnos lecciones de economía? ¿No creen que antes de sobrevalorar o subvalorar el peso habría que mejorar la calidad de nuestros productos?

Lo que resulta obvio es que ha tocado a su fin la edad de las fáciles panaceas, de los proyectos y soluciones simplistas. El mundo es demasiado laberíntico para que su control pueda reducirse a un más o menos sencillo esquema de manipulaciones. Y esto vale tanto para las naciones y las comunidades internacionales como para los individuos o las familias. Los que afirman que todo se resolverá devaluando la moneda, o socializando bienes, o sólo privatizándolos, o mediante un psicoanálisis colectivo o un regreso a la fe del carbonero y de nuestros abuelos, arriesgan que la historia los deje atrás, como quien dice, chiflando en la loma.

Nunca ha sido menos viable —ni más necesaria— en México una información

diversificada, proveniente de campos y orígenes plurales. Es verdad, la carga conflictiva de nuestro país se nos ha caído encima, y natural parece que nos preocupe hasta el grado de la obsesión y la exclusión de cuanto no sea mera supervivencia. Cuidémonos, sin embargo. Recordemos que no estamos solos en el planeta; que nuestra aptitud para resolver los problemas propios debe inexorablemente alimentarse de la experiencia y el saber ajenos, y que el terruño inmediato requiere fertilizantes exógenos que lo hagan productivo.

El *Anuario filosófico 1987-1988*, publicado en Francia por Éditions du Seuil, contiene en sus 140 compactas páginas apenas seis reseñas, cuatro de las cuales se refieren a temas y autores extranjeros, y dos de éstas a investigaciones del pensamiento antiguo (los neoplatónicos, cosmologías de Ptolomeo a Kepler,

etc.). Se dirá que nuestros hornos mexicanos no están para bollos exóticos, y que más vale sembrar maíz nativo en los surcos que viejas y extrañas ideas en el intelecto. Quizá. Pero no hay pueblo que de veras sobreviva con tamaña dieta. Y confío en que ello se entenderá y atenderá sin demora. (Conste que *Vuelta* hace no poco en este sentido; pero nos hacen falta muchos granos de arena más; y especialmente buenas hemerotecas y bibliotecas con materiales amplios, diversos y al día, ya que el precio actual de las publicaciones extranjeras las vuelve inabordables al lector medio.)

Y a propósito, doña Anamaría Cefiño Kepfer nos escribe desde La Antigua Ciudad de Guatemala: "Es tan pobre nuestro medio, que el tener acceso a revistas y libros de fuera nos ayuda a seguir luchando contra la ignorancia, y nos da esperanzas de poder alguna vez

ver en nuestra tierra florecer la cultura, poder leer a nuestros grandes autores y saber que el pueblo tiene la posibilidad de acercarse a la Humanidad... Soy asidua lectora de Litoral y leerlo me estimula e impulsa a continuar trabajando, pese a que acá la situación es oscura. Hay días en que luego de leer los periódicos dan ganas de irse corriendo lo más lejos posible..."

Afortunadamente, la señora Cefiño, en lugar de salir corriendo lejos de su tierra, acaba de abrir en ella un expendio de libros: la Librería del Pensativo. El nuevo Litoral —más triste que de costumbre, por la contagiosa melancolía circundante— le envía, con los mejores votos, felicitaciones y gratitudes que proceden, la noticia de su propia mudanza a estas páginas, esperando no defraudar tan asidua y solidaria lectura.

CARTA DE BUENOS AIRES

## ANTES, AHORA Y ¿DESPUÉS?

ALEJANDRO KATZ

—Sí, pero prosiga —pidió Yakov.  
—Lo haré; aunque, ¿cómo explicarlo?  
En un país enfermo, cada paso que se da hacia la curación es un insulto para aquellos que viven de la enfermedad.

Bernard Malamud, *El hombre de Kiev*

1

LA RELECTURA DE mis *Cartas* anteriores no deja de provocarme cierto malestar. Me pregunto si no fui víctima del vicio del anatomista, que cree conocer mejor la realidad del cuerpo cuando penetra en su interior, cuando destruye la prolija superficie pues supone encontrar allá dentro la única y solitaria verdad. Pero el anatomista no conoce el cuerpo: conoce sus órganos, y la disposición de éstos en el conjunto. Su modo de averiguar no es noble: tiene a la destrucción como premisa.

De igual manera, la amarga crítica de Argentina en la que se empeñan los primeros fragmentos de estas *Cartas* permiten sospechar que lo ácido del

comentario destruye la pura y evidente superficie de lo comentado. ¿Ello no esconde acaso la falsa certidumbre —no exenta por cierto de metafísica— según la cual sólo debajo de las formas habita la verdad?

2

Quizá convendría, entonces, cambiar el tono, modificar la perspectiva, prescindir del sarcasmo. Convendría, quizá, sugerir una historia, narrar una anécdota, observar, describir. Detenerse, si fuese posible, en lo singular, pues allí, en lo único e irrepetible, puede ser hallado lo importante.

3

Argentina, por lo demás, es un país que no está desprovisto de simpatía. Buenos Aires es una ciudad agradable, y sus calles, sus plazas, sus tiendas, bien proporcionan al observador materia de placeres. Una ceñida trama de cafés, cine-

matógrafos, restaurantes y librerías brindan, como lo sabe cualquiera que haya transitado sus calles, la ocasión del encuentro afortunado: con el libro imprevisible, con la película reciente o con el amigo cuya cita fue largamente postergada. Buenos Aires es una ciudad amable: se brinda al transeúnte para que la recorra. La ausencia de sitios destacados le confiere un discreto y afortunado equilibrio. No hay en ella grandes monumentos, ni solemnes museos, ni imponentes construcciones que reclamen con especial fervor la atención del paseante. Ello hace de ésta una ciudad tersa. Es placentero recorrerla a pie y permitir al espíritu que varíe su estado conforme el paisaje se modifica: de la excitación del centro a la cálida melancolía del puerto hay pocas cuerdas.

4

Buenos Aires es, pues, acogedora. Se ofrece, laxa, como habitación. Esta es, posiblemente, una característica del país

entero. Inmensas extensiones, infinidad de climas y de ambientes, el mar y la montaña, llanuras, selvas, lagos... Muy poco se manifiesta, bajo la adusta mirada occidental, como extraño. No en la cultura, sin duda. Algo, no mucho, del paisaje. La vida cotidiana podría ser absolutamente previsible, no sujeta a grandes sobresaltos, despojada de las confusiones que, en otros sitios, los largos siglos imponen a los hombres, y libre de la angustia que el futuro causa en aquellas tierras donde la técnica avanza más aprisa que la humana capacidad de asimilarla.

5

¿Por qué, entonces, a la hora de reflexionar sobre Argentina no privilegiar los datos amenos, por qué no dejar que el ánimo repose pausadamente, y que los sentidos se acomoden tan sólo a lo agradable? ¿Por qué resaltar lo que provoca rechazo, halagar las razones de la veracidad, celebrar el escaño?

6

Ocurre, en verdad, que dos países habitan un mismo territorio. Uno, ese país dócil en el cual, cuando mucho, es posible padecer ciertas incomodidades: la precariedad de los servicios, la suciedad y el descuido de los espacios públicos, la falta de atención de la infraestructura imprescindible, el abandono de las escuelas y de los hospitales, la lentitud de la justicia, la ineficiencia y corrupción de la burocracia. Son dificultades de poca monta: provienen de la pobreza general. Conocida su causa, la modificación participa del universo de lo posible.

7

Pero hay otro país. El que preocupó a Sarmiento y a Martínez Estrada, a José Ingenieros y a José Luis Romero. Es el país en el cual lo previsible se manifiesta como imprevisto: la inestabilidad política y económica, las grandes rupturas que son, en realidad, pobres repeticiones de fenómenos ya acaecidos una y mil veces. El país en el que la recurrencia del cataclismo hace del descalabro un modo del orden y en el cual la irrupción permanente de lo desagradable instituye el fracaso y la frustración como las únicas maneras de manifestación del ser.

8

Hoy, Argentina padece la más grave crisis económica del siglo. Los datos de la economía dan cuenta de una situación que no por una comodidad del lenguaje es posible describir como caótica. La moneda se devaluó, entre marzo y abril, mil por ciento, y el salario —que se encontraba en el nivel más bajo del último medio siglo— perdió en pocos días la mitad de su valor; la inflación llegó esta vez a tasas superiores al cincuenta por ciento mensual.

Pero los datos económicos son, con todo, poco importantes: no son causa, sino consecuencia. ¿De qué? En parte, es cierto, de la voracidad de los sectores que concentran la renta nacional. En parte, de la debilidad del gobierno y de la oposición. En parte... Pero siempre es posible afirmar que todo comenzó antes.

9

¿Cuándo? Intentar precisarlo es caer en la trampa: la búsqueda del origen es ante todo exculpatoria. El *antes* se convierte en el reducto mítico del mal y excluye del discurso el modo futuro, reemplazándolo por el condicional: si no hubiese ocurrido esto..., si hubiese ocurrido aquello... La crisis actual no puede resolverse fuera de la historia; pero tampoco puede encontrar en lo pasado su explicación última.

10

En Argentina todos creen que los errores antiguos los cometieron "los demás"; y cada uno piensa que él es propietario exclusivo del futuro. Afirmar que, mientras perdure esta actitud, no habrá salida para la crisis es sencillo. También es falso. En no escasa medida *la crisis es justamente eso*: la comodidad para atribuir responsabilidades a los otros; como si, en la comunidad, uno no fuese también parte de los otros. (Ello no implica que no haya responsabilidades, ni indica que no convenga ponderarlas.)

11

Cuando la degradación es continuada, cuando el futuro sólo se presenta vistiendo la máscara de la Angustia, entonces el apocalipsis ilusiona. El deformado

rostro de Sísifo deja paso al gesto, a un tiempo terrorífico y magnánimo, del Redentor: expiar las culpas como condición necesaria para renacer, purificado y joven.

Al denunciar el posible apocalipsis, los argentinos, en verdad, lo invocan. Hoy, el apocalipsis tiene diversos nombres: algunos lo llaman Menem; otros, "libanización", algunos más, bancarrota; por fin, en las últimas semanas, estallido social.

El apocalipsis tranquiliza. Y da cuenta de lo pasado de modo irrevocable: quienes sobrevivan, se dice cada uno, no serán simplemente los triunfadores de la hora. Serán los depositarios de esa verdad que, desde hace décadas, unos y otros se disputan. Al día siguiente todo será diáfano, la confusa historia habrá sido resuelta y el futuro, manso, desprovisto de conflictos, podrá ser moldeado como una arcilla virgen.

12

El engaño es doble: nadie sobrevive al apocalipsis. Y, peor aún, el apocalipsis no sobrevendrá.

...

#### Después de las elecciones

Ganó Menem: este es el análisis de las elecciones. Ni el Frente Justicialista de Unidad Popular, ni el justicialismo, ni los restantes candidatos partidarios. Pura y simplemente, Menem.

.

¿Quién es Menem? La pregunta es válida pero anecdótica: remite a sus abundosas patillas, a su vocación por los coches deportivos, a su amistad con el general Stroessner; define, con los no menos rápidos que imperfectos trazos del boceto, el perfil del caudillo, su vocación populista, una encendida religiosidad no desprovista de los gestos exaltados del converso...

.

Pero la pregunta no da cuenta de lo que Menem es. Porque el Menem que ha ganado las elecciones es mucho más que Carlos Menem, y su *carisma*, los confusos y contradictorios rasgos de su personalidad individual poco interesarían si no pudiésemos leer en ellos el núcleo de su personalidad social.

Cuando, hace más de cuatro décadas, Juan Perón ganó por primera vez las elecciones, José Luis Romero pudo escribir: "El hecho que ha causado más honda sorpresa ha sido la aparición de una masa sensible a los halagos de la demagogia y dispuesta a seguir a un caudillo. Este fenómeno —amargo y peligroso— no es de ninguna manera inexplicable. Políticamente, esta masa es inexperta y simplista; como en el fondo es igualitaria y democrática, acoge con calor la propaganda demagógica que parece responder a sus anhelos, sin descubrir los peligros que entraña. Por ser radicalmente democrática, la aparición de esta masa en el primer plano de la política nacional no constituye un peligro duradero: sólo seguirá siéndolo mientras los partidos políticos democráticos de programa orgánico no aclaren su conciencia y no afronten la solución de sus problemas."

Hoy, a cinco días de las elecciones, querría poder reflexionar con igual precisión. Ello no es sencillo. El voto por Menem no resume: suma y divide. En él se sintetiza una voluntad común; se

unen diversas aspiraciones y se expresan rechazos variados. Algo hay cierto: no se votó un programa de gobierno, se votó un conjunto, no articulado y contradictorio, de pasiones. Algunas entre ellas son, como diría Spinoza, alegres. No es difícil reconocerlas, y no hay razón para no festejarlas: el deseo manifiesto de vindicar el valor del trabajo, y el repudio de la especulación y de la usura como datos esenciales de la vida económica y social son las más destacadas. Pero el voto fue producto también, en no escasa medida, de pasiones tristes, impregnadas de vocaciones corporativas, en las que resuenan nostalgias autoritarias y credos intolerantes, y que apelarán —podemos suponerlo— a esos modos premodernos de la política que no descartan la intervención sobre los cuerpos ni la persecución de las ideas.

Si el triunfo de Menem es el más acabado testigo del fracaso de la gestión de Alfonsín, debemos preguntarnos qué es lo que ha fracasado durante este gobierno para entender qué país reivindica el voto por Menem.

Ha fracasado, ello es evidente, la administración de la economía y de los va-

lores que le son afines: la riqueza, el trabajo, la solidaridad son categorías que, en los últimos años, se vieron dolorosamente transfiguradas. Pero ha fracasado, también, la voluntad de construir un país moderno: un país laico, pluralista, tolerante, democrático... El voto por Menem es en cierta forma un rechazo de los juicios por violaciones a los derechos humanos contra los militares, es un rechazo de la ley de divorcio que propició el gobierno radical, es un rechazo de las prácticas políticas independientes de las corporaciones.

Lo más grave, con todo, es que la propia administración radical polarizó las opciones. Que la modernización del Estado haya sido acompañada del empobrecimiento general pareció convertir a éste en consecuencia necesaria de aquella. Quizá ése sea el destino de las democracias pobres. Para quienes no estaban dispuestos a empeñar ninguno de los dos sistemas —aquél que hace de la libertad un bien inalienable, mas no por ello dejan de ver las dificultades cotidianas de sus semejantes— ésta fue sin duda una elección dolorosa: todas las opciones conducían al fracaso.

CARTA DE MADRID

## UNA RELIGIÓN QUE SE EXTINGUE

BLAS MATAMORO

EN 1969 HABÍA en España 10 000 salas cinematográficas. Veinte años después, sólo permanecen 1 000. El pasado 1988 asistió al alquiler de 150 millones de rollos de vídeo en los clubes pertinentes, que son, en la actualidad, una institución barrial como la panadería o la farmacia. En tanto los españoles acostumbraban a concurrir un promedio de 13 veces anuales al cine, lo hacen, en este tiempo, apenas dos veces.

Las razones del cambio están a la vista. La población se ha ido urbanizando en una era posmoderna, de recogimiento hogareño, y ha sustituido el cine por la televisión y la televisión por el vídeo. Sabemos que la posmodernidad se ca-

racteriza, entre otras cosas, por la sustitución del referente real, en cuyo lugar se sitúa un simulacro. Pues bien: aquí el simulacro recorre una triple instancia: el cine convierte en fantasmal la realidad filmada, la televisión convierte al cine en simulacro de sí mismo, el vídeo convierte a la televisión en simulacro de sí misma.

En marzo del corriente se inauguró una de las pocas salas nuevas de este país: el madrileño cine Doré, sede de la Filmoteca Nacional. El evento se ha convertido en un secreto símbolo de los tiempos. El cine Doré era una barraca donde se pasaban filmes desde 1912. Incrustado en el mercado de Antón Mar-

tín, se podía acudir a él entre la compra del pescado y la de la fruta. Por décadas estuvo cerrado y ruinoso. El Estado lo ha devuelto a su lozanía originaria, restituyendo a la sala *art déco* toda la pompa, un tanto litúrgica, de los antiguos cines, transformados en vestigios arqueológicos por el paso vertiginoso del tiempo en la sociedad industrial.

El cine inaugurado es una antigualla. Una sala con palcos que recuerdan a confesionarios de iglesia, frisos de grecas geométricas y medallones con paisajes de escenografía tropical. Sólo se puede estrenar hoy un cine flamante que sea antiguo, tan atrás va quedando la costumbre de ir al cine. Una Filmoteca

con una librería para especialistas y unas salas para ver los clásicos y recorrer las vitrinas del Museo del Cine. En él, nuestros sueños de ayer, de antayer, de comienzos de siglo, musicificados. En el vestíbulo, una civilizada cafetería con poltronas, palmeras enmacetadas y zócalos de azulejos blancos y añiles: un lugar que propende a la serenidad de los cafés antiguos, en que las conversaciones se instalaban durante horas.

El cine es, quizá, el único arte que, estrictamente, ha creado la cultura de la industria. Sería impensable sin ella, aunque los aportes de otras artes precedentes, de la pintura a la historieta, pasando por el teatro, la novela, el ballet y la ópera, fueron decisivos en cuanto al contenido de las imágenes. Pero nada de ello se habría cristalizado en una pantalla sin la electricidad, el celuloide, las emulsiones, los utillajes de filmación. Un arte del movimiento, mecánico y fantasmal al mismo tiempo, que recuperó algunos espacios con el carácter litúrgico de antiguas religiones.

En efecto, el cine construyó sus propios templos, lujosos y recargados, de una suntuosidad muy por encima de la media cotidiana de sus clientes: lo mismo que una catedral. Celebró sus ritos en la oscuridad de las cuevas iniciáticas, estableciendo su fauna de dioses luminosos, con gigantescos rastros, en el cuadrado mágico e intangible de la pantalla. Una multitud de desconocidos, de gente que se aproximaba sin saber nada unos de otros, se apiñó ante el altar de los divos efímeros y comulgó en el silencio de la hipnosis, de la suprema ilusión: una serie de fotografías estáticas generando la impresión del movimiento por un truco de los residuos retinianos.

Es esta liturgia la que se extingue cuando la gran sala es sustituida por la casera sección de vídeo. Aparte de lo que puedan decir los eruditos acerca de la peor calidad de la imagen (y, sobre todo, del mediocre sonido televisivo, especialmente deficiente en materia de música) y de pérdida del encuadre y la profundidad del campo. Es un entorno que se pierde: la penumbra henchida de gente sin nombre, el imperio de los fantasmas descomunales, la dispersión de los fieles hacia rincones indescifrables de la gran ciudad, el reconocimiento en el rostro amado de la estrella favorita, como se reconocen los feligreses de un culto determinado por medio de un gesto característico.

En casa, la mediación de los conocidos, la campanilla del timbre, los horarios de la comida, el trájín culinario, interfieren en la hipnosis cinematográfica, reduciendo la ceremonia a un trámite cotidiano. Es difícil asistir a la escena del balcón entre Romeo y Julieta mientras la niña (la de casa) habla con su novio por teléfono, o conmovirse ante la batalla de Alejandro Nevski contra los teutones si la abuela ha decidido sopar sus galletas en el café. Todo se convierte en sucedáneo posmoderno de un objeto para siempre e infinitamente remoto.

También vamos perdiendo la calle, el tramo intermedio entre la casa y el cine, el pasaje por la luz del día o los focos de alumbrado a la oscuridad de la sala. Perdemos el contacto con el exterior, con los anónimos compañeros de nuestro tiempo y nuestro lugar, perdemos calles, esquinas, arboledas, espacios abiertos. Perdemos la promiscuidad de la urbe, reducida a un murmullo lejano

percibido desde nuestro salón donde ruge el televisor.

## EL CASO ALMODÓVAR

Quedémonos un rato más en el cine para ocuparnos de Pedro Almodóvar, el director más notorio de la España actual. Hace diez años nadie apostaba demasiado por este oscuro empleado de la Telefónica que, a ratos perdidos, con la ayuda de algunos amiguets, filmaba unas descoyuntadas historias *underground*, conforme iba consiguiendo algún dinero de aquí y de allá.

Así fueron desfilando películas como *Pepi Luci y Bom* y otras *cibicas del montón*, *Entre tinieblas*, *Laberinto de pasiones* y *¿Qué be bebo yo para merecer esto?* Luego se puso "serio" e intentó lidiar (nunca mejor dicho) con *Matador*, un pretencioso y fútilmente alegórico libro de Jesús Ferrero acerca del amor y la muerte, el toreo y el ser nacional español.

Pero fue con sus últimos dos filmes, *La ley del deseo* y *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, con los que Almodóvar pasó al tablón de los éxitos masivos y empezó a ocupar un lugar en el mercado internacional, tanto que se postuló al Oscar y el segundo título será refilmado en Estados Unidos.

Estas películas imponen a Almodóvar un quiebre bastante visible en su carrera, debido a varios factores: alza la calidad técnica de sus filmaciones (muy baja al principio) a medida que las expectativas de los productores son de ganar más dinero con estas obras; los resultados son más vistosos y menos personales; las verdaderas o pretendidas audacias de otros tiempos se transforman en moderación de vodevil pequeño-burgués. Ya en *Mujeres...* no hay desnudos, ni coitos, ni homosexuales. Se trata de una comedia de enredos con toques de humor costumbrista como para una *matinée* de la tercera edad.

En el panorama del actual cine español, tampoco la propuesta de Almodóvar es original. Directores como Trueba o Colomo han intentado el costumbrismo posmoderno, que investiga las desorientaciones generacionales de una juventud atrapada por la transición política y la crisis económica a mediados de los setenta, entre un pasado maximalista que marcaba el mayo de 68 y un futuro vacío y penumbroso, difícil de



Pastora con perro y licántropos. Acrílico sobre papel 47x68 cms., 1977

imaginar. El refugio en la vida privada y el casticismo madrileño de los barrios "de movida" prestaban el resto.

¿Por qué el éxito de Almodóvar, con un cine que no es excesivamente peculiar ni ofrece demasiadas excelencias de medios? Tal vez se trate de una mera cuestión de imagen, de aquello que se ve y se acepta sin juzgar. En su alrededor, el actual cine español ha desarrollado ciertos virtuosismos técnicos pero tiene un nivel creativo rutinario y de bajo pulso. Hay un excelente director, Víctor Erice, pero que ha hecho prácticamente un solo film en quince años. Promesas acuciantes, como Jaime Chávarri, han caído en la rutina. Lo demás es buen hacer y corrección previsible. ¿Provoca este panorama una cierta demanda de "incorrección", de cosa informal y marginada?

Almodóvar responde, quizás, a esta demanda inconsciente. Pero hay algo más en él que se acomoda a la situación mental de cambio y conservación que ha generado el posfranquismo. El cine de "oposición", en los duros tiempos de Berlanga, Ferreri y Bardem, era hos-

co o de un humor cruel. Hoy no podemos ser excesivamente críticos, pues para eso está el periodismo libre y cotidiano, ni tomarnos demasiado en serio nada: ni la oposición al sistema, ni nuestra propia discrepancia. Todo ha de ser tolerante, amable y *ligbt*, si es posible con un toque equívoco de casticismo madrileño que muestre, al tiempo, que eso nos produce una tierna sonrisa. No estar decididamente en ninguna parte.

La ambivalencia es, tal vez, la clave del éxito de Almodóvar. Jugar a la mariquita graciosa que, sin embargo, jamás habla con claridad de temas sexuales. Burlarse de la religión católica, pero en tanto religión de porteras, inocuo fetichismo por la Virgen de yeso pintado y la estampita del Sagrado Corazón. Mostrar el mundillo callejero de la homosexualidad, pero seguir al homosexual hasta el escenario de su final desdicha y su castigo, o su "curación" e ingreso en la normalidad.

El cine de Almodóvar es, en cierto modo, el atrevimiento que se disculpa. Entregados al placer sexual, sus personajes acabarán castigados por la secreta

providencia de las cosas. Sus amas de casa sacrificadas, en cambio, son recompensadas por su oculta y pequeña virtud. En sus descabalados guiones, al enredo farsesco se mezclará el tremendismo del melodrama y, cuando no sepa bien por dónde escapar, vendrá un bolero en socorro de la intriga errante. Es, en cierto modo, la fórmula trivialmente posmoderna del "todo vale", que acaba por equivaler a "nada significa", sino que es significado por la inmemorial tradición del folletín, la radionovela y la revista de sucesos.

Si el cine, esa religión que declina, se refugia en las minisalas hechas con tabiques de aglomerado y moquetas recién pegadas con cemento plástico, ha de hallar en esa última intimidad una segunda intimidad: la del tópico transfigurado por la cita, en que se convocan, arbitrariamente, las visiones colegiales del infierno con la promesa de dicha de la tonadilla. Abrupta mezcla de arcaísmo franquista y modernización tardía y compulsiva, la "fórmula Almodóvar" es una de las maneras de definir el actual imaginario español.

## CARTA DE LONDRES

## SHAKESPEARE PARA TURISTAS

JASON WILSON

LA INDUSTRIA DEL teatro de Shakespeare para turistas y estudiantes ha llegado a niveles exagerados. Una visita a Stratford que incluye la choza de Anne Hathaway, comer mal en una posada, llenar bolsas de plástico con recuerdos turísticos y ver una puesta teatral en un lenguaje que pocos entienden se ha convertido en la mejor manera de entrar en contacto con una Inglaterra esencial. Disipado el imperio, solamente queda Shakespeare para orgullo de los patriotas. Shakespeare sigue siendo nuestro cisne del Avon. En una mesa redonda el ministro de educación, Kenneth Baker, defendió a Shakespeare de un académico marxista que insistía en que Shakespeare no significaba nada para un joven desocupado bajo el gobierno de Thatcher. Baker le contestó citándole pasajes de memoria. Según es-

te político —antólogo de poemas también— el lenguaje rico y conmovedor del bardo forma parte de nuestra sensibilidad y de nuestra historia. La mejor manera de apropiárselo era la obligación escolar de aprender pasajes de memoria.

Un vistazo a lo que se da en el teatro londinense confirma esa necesidad de medir el teatro actual con Shakespeare. Esta semana se puede ver *King Lear*, *Measure for Measure*, *Hamlet*, y el ciclo histórico *The Plantagenets*. Hay que hacer reservaciones, porque los teatros se llenan, y vale la pena: es lo mejor de la tradición inglesa; su naturalidad, el diseño, las interpretaciones del director y, sobre todo, la actuación. Contra esta tradición, es un hecho que este teatro casi oficial, subvencionado, pocas veces inquieta al público. Es un teatro seguro —clásico— donde se pueden reconocer

citas y frases hechas incorporadas al habla cotidiana.

Aparte de Shakespeare, Londres ofrece al turista las farsas de siempre, y varios musicales de Lloyd Weber donde hay que esperar 9 meses para conseguir un asiento, o comprarlo en el mercado negro por sumas exorbitantes. Contra tanto teatro manso existe lo que se llama el teatro *fringe*, que se nutre de la tradición shakespeariana en cuanto a los actores, y que también recibe apoyo del Estado, pero que quiere mantenerse en la vanguardia. Este teatro *fringe* quiere despertar, busca reacciones. No es extraño que la única vanguardia artística inglesa sea política. Este teatro político surgió en mayo de 1968, de la nueva izquierda interesada en Cuba y Nicaragua.

Esa política extremista, socialista, distingue a este teatro de lo que se llamó



"the kitchen sink" de Osborne, Wesker y otros de los años 50 y 60. *Look back in Anger* hoy se ha convertido en un cuento de amor, banal y divertido; la ira se ha disipado con el periodo, rebeldes sin causa. Vimos hace poco *Roots* de Arnold Wesker, una pieza donde la rebeldía de la mujer contra su medio rural, y bruto, se ha convertido en farsa. Después habló Wesker para subrayar la separación de arte y política. Una división que los "nuevos" odiarán. Aun Pinter —por mucho el mejor de su generación— se ha politizado. *Mountain People* confirma su interés en Amnesty, en la tortura, concretamente de los kurdos en Turquía. Escribió una corta pieza donde se golpea, tortura, con cárceles... nada nuevo para muchos latinoamericanos. Pinter presentó a Ernesto Cardenal en su primera gira de lecturas por Inglaterra. El lenguaje enigmático de sus primeras obras se ha modificado: es el lenguaje brutal y explícito de los torturadores donde las víctimas recurren al silencio. Pinter cree que el gobierno autoritario de Thatcher es una dictadura.

En un momento en que van a televisar las sesiones del parlamento inglés, el teatro es un baluarte de la izquierda. No hablo de Vanessa Redgrave o de Julie Christie o de Glenda Jackson, sino del sindicato —Equity— que prohíbe a sus miembros actuar en Sudáfrica, o de un comentario que oí de labios de un dramaturgo que dijo no conocer a nadie en el mundo teatral que votara por los conservadores. El nuevo teatro —que aspi-

ra a la vanguardia— viene de autores politizados como David Hare, Howard Brenton y David Edgar que quieren cambiar conciencias, contra la realidad del público que va para divertirse.

Un buen ejemplo de este dilema es Caryl Churchill, que trabaja en equipo: todos colaboran en el proyecto, como una comunidad. Churchill escribió en verso lo que creía que iba a ser una dura crítica de la bolsa londinense y sus *yuppies*. Para su sorpresa, su pieza se transfirió del Royal Court al centro, y se llenó de banqueros y accionistas entusiasmados con la realidad de su pieza. Otro ejemplo en sentido contrario es una pieza que vimos, *Shoot to Kill*, de James O'Brien. Más típicamente *fringe*, se dio en una sala sobre de un *pub* llamado "The man in the moon", en Chelsea. En el *pub*, esperando, reconocí a Laurie Lee, a quien no había visto en años (pero ese es tema de otra carta). La pieza se inicia con tres soldados con rifles en un ambiente desolado de humo. Son los ingleses que en Irlanda del Norte aplastan ilegalmente la subversión del I.R.A. La pieza era violenta, cruda, con pistolas y rifles apuntando al público; casi una alegoría de cómo el gobierno enterró la verdad en Gibraltar. Era una pieza de propaganda, muy bien actuada. En cierto momento uno de los personajes atacó al público por su indiferencia. El problema de esta pieza es que todo el público éramos seis personas. Al final ningún actor salió para recibir aplauso, como si el teatro fuera dema-

siado serio para esta rutina burguesa de aplaudir para escaparse de la ilusión teatral.

Shakespeare llena el teatro; Lloyd Webber llena sus teatros; el público cambia el mensaje de *Serious Money*, o de *Prawda* (de Hare y Brenton), va siempre al teatro nacional haya lo que haya y aplaude piezas sobre espías. Un público recalcitrante de ingleses orgullosos de su teatro, y de turistas ávidos de participar en esta tradición. Pero hasta hace poco algo unió al teatro de Shakespeare y a la vanguardia politizada: las piezas se daban en teatros subvencionados por el Estado o el gobierno. Ahora hay crisis; amenazas de cierre del "Theatre upstairs" (del Royal Court) donde se estrenan piezas de dramaturgos jóvenes o nuevos. Nadie vino a ver *Shoot to Kill* porque nadie quiere saber nada de Irlanda del Norte. El público va al teatro para digerir. El dinero se ha convertido en árbitro.

Pocos hacen lo que hizo Shakespeare: escribir para todos, desde eruditos hasta brutos. En el teatro se ve la misma fragmentación que se vislumbra en la sociedad entre los que tienen trabajo y los que no; entre los que viven en el norte y los que viven en Londres o sus alrededores; dos Inglaterra donde la mayoría va al teatro para matar el tiempo. El *fringe* atrae a los ya convertidos, como no pueden pagar 15 libras por un buen asiento y que se están quedando sin teatros para alentar y mantener su radicalismo político.

## REFLEXIONES SOBRE EL SIDA

STANISLAV LEM

LA COMPLEJIDAD DE los procesos vitales escapa totalmente a la observación. Hace dos años yo habría declarado a propósito del sida, si hemos de creer al *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 10 de abril de 1987: "En cuanto a hacer un pronóstico, sólo la no probabilidad absoluta es segura" y "el sida es como un mal descubrimiento en una mala novela de ciencia ficción".

Al decir esto yo no quería ni ironizar

ni burlarme de nadie; el problema no se presta en modo alguno para ello. El profesor Manfred Eigen, gran experto en cosas virológicas al que he interrogado, declaró incluso que el había tenido también, hace seis o siete años, por totalmente improbable la aparición de un virus del tipo del sida, con todas sus propiedades.

En efecto, los procesos de evolución son siempre un juego que, a semejanza

del juego de damas, del ajedrez o los dados, tiene dos resultados finales opuestos (se pierde o se gana, lo que significa, en el cuadro de la evolución, sobrevivir o desaparecer); pero es imposible predecir las fases concretas del juego, puesto que es imposible saber de antemano cómo se desarrollará una partida de ajedrez en todos sus episodios.

He tratado de representarme de la manera siguiente un modelo primitivo pero

claro del origen del VIH. Cuando un puñado de gente juega a la lotería, la probabilidad de que alguno dé la cifra correcta se vuelve prácticamente nula. En cambio, cuando todo un país juega, es decir doce millones de personas por ejemplo, prácticamente cada semana hay alguien que recoge sus millones. Pero el profesor Eigen me explicó por qué ese modelo era falso: la probabilidad de ganar en la lotería puede ser calculada por adelantado, puesto que tiende a un valor medio. Como especie, el hombre era al comienzo de la biogénesis, hace alrededor de 3.800 millones de años, tan poco previsible (así fuera sólo en las probabilidades) como la aparición del virus de la inmunodeficiencia humana algunas decenas de años antes de su autoorganización.

En ese modelo, mis biotécnicos de ficción sabían lo que querían sintetizar, y disponían de la competencia biotécnica apropiada para la tarea que se imponían. Puede que en la realidad este caso haya existido. Pero el virus del sida no había sido "cortado a la medida" y tampoco era simplemente un "obús que estalla en el cañón". Ocurre solamente que durante siglos no hemos tenido ninguna idea del hecho de que en nosotros y fuera de nosotros gravitan nubes enteras de fragmentos genéticos; de que secuencias de genes, desprendidos de genomas evolutivos, no cesan de "transitar" del organismo de nuestros animales domésticos (bovinos, gatos, caballos, cabras, ovejas, etc.), las más de las veces sin que haya consecuencias para nosotros. De tal suerte, en el curso de innumerables pasajes —que nunca podremos seguir íntegramente en su desarrollo concreto—, ese virus fatal, en realidad muerto en tanto que permanece fuera de nuestro cuerpo, se ha autoorganizado. Porque los virus ponen la mira en la organización celular de sus anfitriones; dejados a sí mismos, son incapaces de reproducirse; debe siempre ocurrir antes una especie de "toma de poder", y ésta se ha producido ya en innumerables asaltos. Los diccionarios de virus informan sobre familias cada vez más numerosas de virus patógenos.

Debo no obstante decir aquí que todo el saber disponible en el dominio de la biología molecular, teórica, viral no nos deja del todo satisfechos; en efecto, cuando nos sumergimos en la lectura de una literatura especializada ya

considerable, queda al final la cuestión a la cual la bioquímica en realidad ya ha respondido: ¿por qué, en definitiva, es nuestro tiempo el que ha visto surgir la pandemia global del sida, y en la historia la primera epidemia de lentivirus que se comprueba irreversible desde la primera afección, sin que se conozca el menor remedio? La situación es peor todavía en cuanto a la espera de poner a punto dicho medicamento, trátese de un remedio que mate al virus (o sea de conexiones químicas que pueden reducir y destruir totalmente, en un punto, el sistema de replicación viral, sin por ello arrastrar al enfermo en su caída) o trátese de medios inmunitarios que puedan preventivamente proteger a poblaciones enteras contra la invasión de los virus. Tales esperanzas están prácticamente ya en vía de desaparición, puesto que el virus parece haber sido concebido con una precisión simple y llanamente diabólica, como una cosa monstruosa susceptible de eliminar a la humanidad en el espacio de algunas generaciones. Nunca se había visto eso en la historia. ¿Y entonces?

La cuestión implica fundamentalmente dos aspectos. Podemos esclarecer racional y objetivamente el segundo. Bien que no sepamos nada, puede que virus análogos al sida hayan aparecido hace millones de años en la historia humana (en el corazón de África por ejemplo, o en otra parte) pero han provocado entonces la muerte de una población local restringida; así pues, se han exterminado a ellos mismos.

La regla epidemiológica universal se enuncia en efecto así: jóvenes parásitos evolutivos dotados de una virulencia particularmente fuerte y por ello marcada, en sus anfitriones, por tasas de mortalidad que alcanzan el cien por ciento, dejan necesariamente y sin tardar la escena de la vida con sus víctimas. No quedan sino los virus "moderados", que no alcanzan jamás una tasa de mortalidad de cien por ciento. Es fácil de comprender, y sabemos que poblaciones tocadas por primera vez por la gripe o incluso por el virus del catarro contraen una afección excepcionalmente grave. Sólo después de varias generaciones se llega, en ese caso, a una estabilización del equilibrio dinámico entre patógenos y anfitriones.

Sin embargo, en nuestra época, una puesta en cuarentena, una exclusión de

finitiva de un nuevo foco de enfermedad se han vuelto imposibles. Naturalmente, de esta imposibilidad también el virus es "responsable", porque, en calidad de lento, no mata sino después de años. Pero debido a que la población se ha vuelto inimaginablemente móvil, el virus ha podido alcanzar más fácilmente a los habitantes del Caribe, luego a los Estados Unidos —actualmente no hay de hecho, un sólo país a salvo en todo el planeta.

La pregunta "¿por qué precisamente hoy?" oculta sin embargo otro aspecto, al que es imposible dar una respuesta racionalmente reflexiva y puramente científica.

Nuestra civilización (occidental) se ha vuelto permisiva a tal punto que se ha llegado a la inversión de todos los signos en el dominio de las normas y los valores culturales. La intolerancia de no hace mucho ha sido puesta en la picota y se la ha sustituido por una tolerancia sin precedente, que se rehúsa a contentarse con esa palabra congregadora que es la "igualdad". Cierto, todos deben ser iguales, pero algunos son "más iguales" que otros. En ningún caso se debe considerar a los negros, los homosexuales, los asiáticos o las mujeres como el otro "simplemente igual". Se han vuelto luego "más iguales", al punto que uno se cree de alguna manera obligado a reparar todos los crímenes de la antigua intolerancia desaparecida.

Tan pronto entonces como, de modo enteramente súbito, el sida estalla y se comprueba que los gays se entregan esencialmente a la relación sexual anal, es una ocasión extraordinaria, caída del cielo, para la gente decente, la gente de ayer: pueden hablar de la naturaleza que castiga porque ha sido "ofendida". Ya hayen los Estados Unidos una multitud de sectas que hablan de un castigo de Dios; en cambio, la evolución de las ideas ha impedido que el Vaticano se lance *ex officio* a hacer semejantes declaraciones: una prueba de los cambios sobrevenidos en el catolicismo desde el siglo XIX.

Para decirlo sin rodeos: el síndrome complejo que estimula nuevas normas hiperpermissivas entra en colisión frontal con el virus de la inmunodeficiencia humana; y (a semejanza de todas las potencias naturales) éste pone al diablo de su lado cuando se preocupa de nuestras representaciones morales actuales.

A la pregunta: "¿Por qué precisamente en esta época esclarecida y desesperada?" no hay pues respuesta fuera de una esfera de valores y de normas que se oponen a nuestro universo, no más que a la pregunta: "¿Por qué, en total, he nacido en este siglo y no hace dos o cinco mil años?" La aceleración del progreso de la civilización (que se manifiesta ya en numerosas perturbaciones catastróficas que amenazan nuestra biósfera) así como la mutabilidad de las costumbres y de las normas que se vinculan con ellas —y sobre todo en el dominio de las relaciones sexuales— representan naturalmente coeficientes, calculables, de la expansión del sida. En otra época de inmovilismo generalizado, de imperativos éticos estrictos, de separación entre las clases sociales, es probable que el virus no se propagara más que por islotes, puesto que no es particularmente contagioso, a despecho de todo el escándalo de los medios de comunicación —es lo espantoso lo que se vende bien.

El virus ha actuado —hay que decirlo claramente, en una situación de crisis inusitada— sobre lados enteros de la vida sexual como un revelador sobre una placa fotográfica iluminada pero no revelada hasta ahora. Países como Suiza, en el que uno podía pensar que las buenas maneras y la castidad eran mejor llevadas que en California, se encontraron muy pronto a la cabeza de las tasas de sida diagnosticadas en Europa. Durante mis estudios de medicina, hace cuarenta años, aprendí que las relaciones anales eran una aberración extremadamente rara limitada a los homosexuales; las duras estadísticas del sida han demostrado lo contrario y puesto además bajo una luz cruda los indicadores de frecuencia de la promiscuidad, dicho de otro modo, del cambio de pareja sexual; tener más de 280 parejas por año ha resultado no ser nada excepcional. Además de los homosexuales, son, circunstancia particularmente trágica —hemofílicos y drogadictos puestos aparte—, los hijos de madres tocadas por el virus los que sufren la amenaza más grave. Para doblar la cifra de los nuevos contaminados, se necesitaban al comienzo, en 1982-1984, ocho meses. El resultado de las campañas de información, de consejos, de publicaciones, y sin duda también de "la condonización por la persuasión" ha hecho extenderse este período a un año: eso seguiría significan-

do una hecatombe inimaginable pasado el umbral del año 2000 —si de aquí para entonces no hay terapias eficaces ni un cambio profundo del comportamiento sexual.

Sin embargo, el virus no anuncia el fin de nuestra especie. Es altamente probable que numerosas especies de monos resistan victoriosamente a sus virus que atacan específicamente el sistema inmunitario, puesto que desde hace tiempo han atravesado las primeras oleadas de la epidemia y les han ofrecido un pesado tributo. En efecto, es típico de un agente patógeno nuevo que manifieste una virulencia extremadamente fuerte, reflejada en las tasas de mortalidad.

Es imposible prever las consecuencias sobre el comportamiento medio de los humanos. Es probable que las medidas con que deberán (o querrán) gratificarlos los gobiernos, en concierto con las autoridades médicas, no pesarán bastante; porque ningún poder de Estado, ni siquiera los estados "totalitarios cien por ciento" (que no han existido nunca fuera de la novela 1984 de Orwell, porque sencillamente no pueden existir), está en posibilidad (sea por la legislación, por la amenaza de sanciones penales o por la intervención policiaca) de modificar en sentido contrario el conjunto de los comportamientos en uso hasta el presente en la esfera más íntima de las relaciones humanas.

Hay por lo menos tres grupos de factores que condicionan la extensión de la pandemia en el espacio, en el tiempo y en cuanto al número.

1) *El comportamiento de los hombres.* Los homosexuales que no practican la multiplicación de parejas serán contaminados con la misma probabilidad —que sigue siendo mínima— que la población heterosexual: a través de un accidente seguido por ejemplo de una transfusión de sangre seropositiva, o a través del contacto de una herida por la sangre, la esperma, la saliva de un portador del virus. Es posible reducir el riesgo por uno mismo a un mínimo; al mismo tiempo, es difícil reducirlo a cero, porque estamos forzados a vivir en un medio ambiente con "densidad de accidentes" elevada.

2) *Las oportunidades de una terapia y su posible éxito.* En la práctica actual, se utiliza, en el estado terminal plenamente alcanzado por los enfermos de

sida, la timidazina. Se trata de una combinación química que arrastra al genoma del virus, en el curso de la replicación en su comienzo, a un callejón sin salida: en las enzimas del virus puesto en movimiento, se les presenta un "cebo químico" en el lugar de un nucleótido normal. Cuando, en el lugar del nucleótido, la molécula de timidazina se combina con la cadena genética por reproducir, la reproducción se detiene porque el otro extremo de la molécula de timidazina no soporta ser combinada con un nucleótido. Sin embargo, todos estos medicamentos —hay ya otros, y seguirá habiéndolos— no dejan entrever ninguna curación del enfermo, ya que es impensable que se pueda reemplazar todos los fragmentos de nucleótidos por otras tantas "falsas moléculas". Se llega solamente a poner en competencia el medicamento y los nucleótidos libres; en lugar de morir en el término de un año, el enfermo tarda alrededor de dieciocho meses en morir. Una clara ganancia.

Se sigue experimentando además (sobre todo en el Instituto Max Planck) con diversos productos inmunizadores, llamados monoclonales; están destinados a la proteína presente en la envoltura del virus, para volverla apta a transformarse en anticuerpo. Desgraciadamente, el virus es capaz de cambiar rápidamente de envoltura, una operación seguramente difícil de describir, pero gracias a esquemas, un análisis estroboscópico efectuado en el microscopio electrónico durante rotaciones e interpretantes químicos es perfectamente capaz de representarla. Es posible que se pueda emplear productos inmunizadores que vuelvan al hombre ya enfermo "inofensivo" para los otros, porque sus virus no se multiplicarán sino con la lentitud que manifiestan por ejemplo en el caso del mono afectado de ese virus. Las perspectivas no están desprovistas de esperanzas, pero son ciertamente tanto mejores si avistamos un porvenir más lejano. En principio, la estrategia de conjunto del virus que se lanza al ataque podría ser detenida en muchos puntos por contraataques (químicos); pero en la práctica es muy difícil. La regla que vale universalmente denuncia que un parásito es tanto más difícil de combatir cuanto más débiles son sus diferencias con las células del cuerpo portador; ahora bien, una vez que se ha "plantado"

en el genoma linfocitario, el virus es simple y sencillamente imposible de distinguir del genoma humano subsistente. Dudo que esta proeza sea posible, así fuera dentro de ochenta años.

3) Con todo, el comportamiento del virus no carece tampoco de importancia. Hay ya —como mínimo— tres tipos diferentes de HIV, llamados I, II, III. Es un signo de mal augurio para él. Gracias a los trabajos de Manfred Eigen y de su grupo podemos comprender el lazo que une la enorme mutabilidad de un replicador (es decir de una secuencia de genes capaz de multiplicarse en su entorno o en su nicho evolucionario propio) y la optimización de su capacidad de sobrevivencia. Las mutaciones son fallas de la replicación. Hasta un umbral crítico, las mutaciones que se acumulan multiplican la variabilidad, dirigida hacia el entorno, de los replicadores; inmediatamente bajo el umbral en cuestión, se llega a una línea de cresta para los replicadores en mutación, y esto en la línea del *survival of the fittest*.

Así pues, la sobrevivencia no significa tautológicamente la misma cosa que adaptación máxima (como sin cesar nos dicen los darwinistas). El entorno toma para sus habitantes la apariencia de un paisaje puesto en valor, y los "mutantes plenos de esperanza" toman las líneas de cresta de ese paisaje para llegar hasta las cimas. Pero ¿qué significa, para un virus, arribar a tal cima? Que la competencia perfecta se obtiene con la parálisis de las defensas del organismo (del entorno), dicho de otro modo, que

es la muerte del parásito al mismo tiempo que la de su anfitrión: una maravillosa estrategia de sobrevivencia...

Pero en ese estado interviene en el proceso el terrible triunfo del virus, el de ser lento. Como es lento, que su optimización llegue a aniquilar todas las fuerzas de defensas inmunológicas no significa todavía su muerte próxima —al mismo tiempo que la de su anfitrión. Los lentos tienen mucho tiempo para difundirse, y es de hecho este enorme retardo el que los vuelve tan aptos para sobrevivir y para llevar la muerte.

Y por esta razón fastidiosa, el porvenir de la primera pandemia de nuestra especie debida a lentos (en el marco de la historia conocida por nosotros, se debería añadir) es imprevisible. La idea de que una población víctima de los agentes patógenos sobrevive incluso cuando la tasa de mortalidad alcanza ochenta por ciento es una idea que aporta pocos consuelos. Una hecatombe de tal amplitud (que amenazaría al África central ya en dos decenios) entrañaría necesariamente el hundimiento de nuestra civilización entera.

El caso del VIH no es de ningún modo el de un relámpago venido de un cielo sereno, un fenómeno "contra natura" que vuelve necesario apelar a una "naturaleza ofendida por nuestros ruidos y nuestros furros." Los cargos concentrados de nuestra civilización han engrosado el poder malféfico del virus para llevarlo a una extensión global; pero de ningún modo lo han engendrado.

Por otro lado, los que nos sentimos

obligados, a la vista de la catástrofe que nos acecha, a prestar a esta cosa inframicroscópica (cien mil veces más pequeña que un cabello) una atención y un interés sin fallas, reconocemos con asombro propiedades de su comportamiento que habitualmente no otorgamos sino a un enemigo *inteligente, artero, de una perfidia refinada*. No es sino una apariencia engañosa. Nada, en el caso presente, ha sido planeado, querido, tenido en secreto, *construido* con una intención *bombrada*.

No tenemos ninguna necesidad de recurrir, por causa del virus, a una teodicea, una hermenéutica o una filosofía. La investigación sobre el "milagro de la vida" o, para expresarlo más sobriamente, sobre los procesos biológicos de la evolución nos basta plenamente; forjará un día remedios que serán armas capaces de medirse con las mañas del enemigo minúsculo. Lo escribí ya hace veinticuatro años, al final de mi *Summa technologiae* (1965): ¡A partir de las letras de veinte aminoácidos, la naturaleza ha creado un lenguaje "en estado puro"; interpolando de manera insignificante las sílabas de los nucleótidos, produce células, virus, bacterias, tiranosaurios, termitas, colibríes, bosques y pueblos —mientras disponga simplemente del tiempo suficiente para ello... En verdad, vale la pena aprender una lengua que amenaza la existencia de los filósofos, mientras que la nuestra no hace sino engendrar filosofías.

Esprit

Traducción de Aurelio Asiain

## CARTA DE NUEVA YORK EL PRESENTE

ELIOT WEINBERGER

LAS GUERRAS continuaban en treinta y un países, guerras que ya habían matado a más de siete millones y medio de personas. Catorce de las guerras habían durado más de una década; una tenía más de treinta años.

Un amigo, del que no había sabido nada el último año, le telefonó. Cayeron en

los viejos amigos. Uno había muerto de sida. Otro había muerto de sida. Uno había escrito el libreto de la película más exitosa del año, y estaba más insoponible que antes. Otra se había vuelto famosa de la noche a la mañana: en los últimos 6 meses había concedido 700 entrevistas en una docena de países. Otro seguía haciendo dientes postizos

y no había cambiado. Otro, conocido antes por su apatía, había aprendido repentinamente a esquiar y era ahora tan diestro que trabajaba como instructor en una estación de esquí. Otro había ganado un gran premio literario, que se merecía. Una pareja que habían conocido en Londres se había mudado a Nueva York y se había divorciado. A la esposa,

una jorobada, se le había removido la joroba, y ahora estaba haciendo trajes para una compañía de teatro travesti. El ex esposo había sido hallado muerto, y el caso seguía sin resolver. Como a su amigo, nada le resultó muy nuevo.

Las plantas que producían el material radioactivo para las armas nucleares estaban agrietadas, y habían estado agrietadas durante años. Se habían publicado reportes falsos para ocultar estos hechos.

Durante algún tiempo se pensó que las plantas tendrían que cerrarse y la producción de armas nucleares detenerse. Esto era claramente imposible, y además el costo de la reparación de las plantas habría sido enorme. Se había decidido entonces cambiar las normas de seguridad, para que así las plantas pudieran operar sin riesgo nuevamente.

Fuera de Agra, casa del Taj Mahal, en el pueblo de Badh, Titu Singh fue un niño feliz hasta que cumplió tres años. De pronto se volvió melancólico, y podía montar en cólera si alguien lo llamaba Titu. Decía: "Mi nombre no es Titu. Soy Suresh Verma. Tengo una tienda de radios en Agra. El nombre de mi esposa es Uma y tenemos dos hijos". Señalaba a sus padres y decía: "Estos no son mis padres. Sólo estoy de paso aquí. Mis verdaderos padres están en Agra". Afirmaba Titu que él, Suresh, había sido muerto una noche mientras volvía a casa del trabajo y una bala la había atravesado la cabeza.

El tío de Titu fue a Agra y encontró la tienda de radios "Suresh", en la zona comercial. Había pertenecido a Suresh Verma, quien había muerto cinco años antes, exactamente como Titu lo había descrito. Suresh había dejado una viuda, Uma, y dos hijos.

Uma y sus padres se dirigieron al pueblo para ver al muchacho. Cuando salieron del auto, Titu abrazó a los padres de ella y miró entonces enojado a Uma: "¿De quién es este carro? ¿Qué le pasó a mi Fiat?" Efectivamente, Uma había vendido el carro.

Volvieron con Titu a Agra, donde, como Titu, nunca había estado. Los llevó a la tienda, entró, y preguntó de inmediato quién había hecho el nuevo aparador. Había un nuevo aparador.

El reporte de la autopsia de Suresh Verma mostró que la bala había entrado

por su sien derecha, rebotado contra el cráneo y salido por debajo del oído derecho. La sien derecha de Titu tenía una curiosa abolladura, y bajo su oído derecho tenía una marca estrellada de nacimiento.

Uma fue fotografiada con el chico. Dijo: "Sé que es Suresh. Pero me doy cuenta de que hacer planes no tiene sentido. Nuestra relación nunca será la misma".

Cuando la cubierta del aeroplano se rajó, el extraño del asiento contiguo fue chupado en un segundo hacia la noche y, debajo, el Pacífico.

Los pies del bebé amarrados a las tablas, la cuna cubierta de telarañas.

En Uganda, el salario mínimo mensual era de 490 shillings. El precio de una penca de plátanos iba de 500 a 800 shillings.

En el pueblo de Mbarara se veneraba a Makeru Shalakupash Baazi —Cristo en Su Segunda Encarnación. Era una niña de cuatro años.

En el pueblo de Mburu se habían visto cruces ardientes en el cielo. La Virgen había aparecido, prometiendo crear una corriente cuyas aguas curarían el sida.

Los seguidores del Movimiento del Espíritu Santo de Alice Lakwena, joven vendedora de pescado, entrarían en la batalla silenciosamente, manteniéndose erguidos, cubiertos los cuerpos con un aceite que haría rebotar las balas de regreso a los rifles del enemigo. Arrojan piedras que se transformaban, en pleno aire, en granadas de mano. De este modo murieron miles en el movimiento.

En el Museo de Arte Moderno examinó un enorme caja, un aparador de vidrio que contenía cuatro o cinco salchichas petrificadas y mohosas y, casi indistinguibles de estas, un pedazo de caca de perro petrificada y mohosa.

Los norteamericanos creyeron que vivían en la década de mayor prosperidad del país. En las familias de clase media, de todos modos, por primera vez desde la Depresión, se volvió necesario que ambos padres trabajaran.

En 1200 poblaciones suburbanas los niños y niñas eran dejados en edificios idénticos al lado del camino llamados Centros de Cuidado - Niños. Eran opera-

dos exactamente como los establecimientos de comida instantánea, con todos los materiales y programas producidos por una oficina central y un equipo entrenado rápidamente al que se pagaba el salario mínimo fijado por la ley.

Cuando volvían por la noche, los padres de los niños recibían un reporte, escrito en primera persona, sobre el sueño, la comida, los cambios de pañales y la forma en que se había comportado el niño ese día. Uno de los reportes comenzaba: "Mami, he estado tratando de decir Mami pero todavía no me sale pero cuando me salga serás la primera en saberlo".

El nuevo Presidente condujo a miembros importantes del Congreso en un *tour* por las habitaciones privadas de la Casa Blanca. Les mostró los cuadros de Monet y de Cezanne que cuelgan en la estancia y la colcha bordada que a su mujer le había tomado diez años terminar. En la habitación admiraron la fotografía de la madre del presidente colgada sobre la cama, el radio que sintonizaba con una estación de música country y el papel tapiz de aves exóticas que no repetía un solo pájaro. Los llevó al cuarto de baño, donde todos examinaron los cosméticos y se divertieron al ver que la pareja presidencial tiraba las toallas al piso. Luego, de vuelta en la habitación, el presidente fotografió a cada congresista sentado en la cama con su esposa. Hubo uno que dijo: "Es un poco torpe, pero es que es más que un novato, como si se opusiera a ser presidente".

Los fluorocarbonos de los refrigeradores y las latas con atomizadores en aerosol estaban disipando rápidamente la capa de ozono en la estratosfera, que protege a la tierra de los rayos ultravioleta. Se habían reportado enormes "hoyos" sobre el Polo Norte y el Polo Sur, y la situación era alarmante para la mayor parte de la tierra. Las grandes ciudades, de todos modos, estaban bastante más a salvo, ya que su propia contaminación las protegía.

El Lugarteniente General, Secretario Asistente de la Defensa para la Política de Drogas, defendió la práctica del examen antidrogas indiscriminado del personal del gobierno y el ejército: "La prueba indiscriminada es un honor. Me gusta ser examinado sin previo aviso.

Me dice que estoy limpio”.

Recibió un catálogo de 348 libros de autoayuda para niños pequeños. Incluía la serie “Ayúdame a ser bueno”: 29 libros, cada uno acompañado de una cinta de lectura simultánea, de modo que un niño podría estudiar las ilustraciones sin la ayuda de un adulto. Los títulos eran: *Ser flojo, Ser olvidadizo, Ser descuidado, Ser desordenado, Ser manirroto, Sobrepassarse, Descubrirse, Ser Mal deportista, Ser interesado, Ser goloso, Romper promesas, Desobedecer, Interrumpir, Quejas, Lamentos, Hacer berrinches, Jorobar, Chismear, Murmurar, Ser grosero, Hacerse el payaso, Mentir, Hacer trampa, Robar, Alborotar, Ser mandón, Ser destructivo, Pelear, Ser vil.* Según el catálogo, ya se han vendido 36 millones de estos libros.

Al asesino de masas se le había asignado, para ser ejecutado, un pequeño pueblo de Florida. Cientos de personas se habían congregado para la ocasión, con la esperanza de que la ejecución no volviera a diferirse. La franquicia de las Hamburguesas Mc Donald's del lugar había anunciado: “Tostadas al costo si lo tuestan”.

Le preguntaron al nuevo vicepresidente, que había servido en ambas cámaras, cuál era la diferencia entre la de representantes y el Senado. Su respuesta fue: “En la cámara se puede juntar un puñado de tipos, bajar al gimnasio y jugar basketball. Eso no se puede hacer en el Senado”.

En 1937, un gran asteroide había pasado muy cerca de la Tierra; lo llamaron Hermes. Al de ahora le había tocado una designación más prosaica: 1989FC. Si hubiera chocado con la tierra, habría formado un cráter de diez millas de ancho y una de profundidad. “Más tarde o más temprano”, dijo el astrónomo, “chocará con la tierra, la luna o Marte”. Pero ¿qué significa *tarde* o *temprano* para un astrónomo?

Un amigo le contó el argumento de una novela que estaba escribiendo. Durante la segunda guerra mundial, Hitler había creado, como medida de precaución, un doble al que se había preparado para verse, moverse y hablar exactamente como él, con el fin de que apareciera en

su lugar en los actos públicos. Cuarenta años más tarde este doble vive retirado en un pueblo de Arizona, cuando descubre que agentes israelíes, que lo han tomado por el Hitler real, andan tras sus huellas. Cuando huye, le ocurre encontrarse con un inglés entrado en años que había sido una vez doble del Mariscal Marshall Montgomery. Los lazos fraternos del doblaje trascienden la política y el doble de Monty ayuda al doble de Hitler a escapar. A salvo por fin en algún remoto lugar del mundo —este lugar hay todavía que encontrarlo— el doble de Hitler resulta no ser de ningún modo un doble. Hitler ha enviado a su doble al aciago bunker y ha escapado adoptando la verdadera identidad del doble. Hitler, por supuesto, debe matar ahora al doble de Monty, la única persona en el mundo que conoce su verdadera identidad.

El auto norteamericano promedio recorrería 18 millas por galón de gasolina. En Suecia estaban fabricando autos que recorrerían 70; en Francia habían desarrollado uno que recorrería cien. Hubiera sido más barato darle a cada norteamericano, gratis, un nuevo carro que diera sólo 40 millas por galón de gasolina que extraer todo el petróleo necesario para abastecer los autos existentes.

En prisión por asesinato, luego de haber pasado años en prisión por violación, robo y allanamiento de morada, escapó y tuvo a dos niños pequeños como rehenes hasta que la policía lo mató de un tiro. No es una historia fuera de lo común, salvo por un detalle: estaba completamente ciego.

En la parada del metro de la calle 42, los pasajeros que entran y salen del tren se veían forzados a pasar sobre un hombre que yacía completamente desnudo en la plataforma.

Heinrich Heine había escrito en 1832, en París: “Cerca de la Porte St. Martin, en la acera húmeda, había un hombre de una palidez sepulcral, que respiraba con esfuerzo; algunos conspicuos espectadores dijeron que estaba muriéndose de hambre. Mi acompañante me aseguró que, en todo caso, este mismo hombre moría todos los días en otra acera en una calle diferente —de hecho, ese era el modo en que se ganaba la vida: los carlistas le pagaban por su acto con

el propósito de incitar al pueblo contra el gobierno. De todos modos, parecería que la paga por este trabajo es algo escasa, ya que muchas de esas personas mueren realmente de hambre.

Se descubrió celoso del modo en que la democracia se practicaba en la Unión Soviética. Allí se permitía a los votantes cruzar todos los nombres en la boleta. Si eran bastantes los que no votaban por nadie, nadie ganaba.

Era costumbre que, cuando alguien moría, amigos y parientes visitaran el crematorio, se registrarán en un libro y miraran el rostro del difunto, embalsamado y yacente en un ataúd abierto. Como fuera, el procedimiento tomaba tiempo, sobre todo si había que cambiarse previamente de ropa, por las oscuras propias del caso. La Casa de Funerales Gatling, de Chicago, resolvió el problema instituyendo 24 horas de contemplación automovilística. Sin bajarse del auto, uno podía firmar el libro y ver al difunto en la pantalla de un circuito cerrado de televisión. Los hospitales para ancianos alquilaban autobuses para que sus pacientes hicieran el recorrido, evitándose así la molestia de cargar de ida y vuelta a tantos viejos tantas veces. Y el señor Gatling proclamaba que el sistema era particularmente práctico cuando el difunto dejaba una esposa y, además, una amante: la amante podía pasar en auto mientras la esposa permanecía dentro de la sala. Se había sabido que algunos espectadores permanecían una hora ante la pantalla de televisión.

El nuevo vicepresidente se dirigió al pueblo de Samoa: “Todos ustedes me dan la impresión de ser felices excursionistas. Son felices excursionistas, han sido felices excursionistas y, por lo que a mí respecta, siempre serán felices excursionistas”.

Se había casado joven, y cuando se divorció sus dos niños todavía eran pequeños. Durante años los había criado sola, hasta que encontró al hombre de sus sueños: guapo, rico, encantador para sus hijos. Se casaron al poco tiempo. Seis meses más tarde, su marido descubrió que tenía sida, resultado, pensaban, de un único encuentro homosexual hacía algunos años. Se ha consumido durante dos años, pero no ha muerto. Los

niños seguían siendo jóvenes, y a ella le aterraba hacerse la prueba de sangre.

Cosas actualmente en venta: Una granada de mano (\$19.95 dólares). Una trampa explosiva: "Puede atornillarse directamente a una carga explosiva para lograr una detonación instantánea o conectarse a un cable detonador para hacer fuego a distancia" (\$14.95). Una navaja balística, "la navaja que dispara": "puede dispararse a una distancia efectiva de 30 pies", con una penetración "tres veces mayor que una puñalada manual" (\$79.75). Un activador de gatillo, que vuelve a una rifle semiautomático capaz de disparar 1200 veces por minuto (\$19.95). Una mira de laser capaz de asesinar apuntando y disparando a más de 500 metros (\$495). "Chicas sexis y pistolas sexis: el video": "14 extraordinarias bellezas del sur de California disparando algunas de las armas de fuego más sexis jamás producidas. Mujeres en minúsculos bikinis y tacones altos hacen estallar U21s, MAC-10s, M16s, MPs, Ak-47s, M-14, y más": (\$49.95)

Cosas para leer: *Rifles semi-automáticos*: "Un libro de alto nivel para aquellos que encuentran los rifles automáticos de estilo militar interesantes por su historia, curiosos por el diseño de su mecanismo y un placer para tirar. Sólo unas cuantas naciones más conceden a sus ciudadanos el privilegio de portar estas armas fascinantes. Los habitantes de Norteamérica nos otorgamos el derecho de poseerlas: este hecho hace a esta nación única por su grandeza."

Lugares a donde ir: La Academia Internacional de Tiro del Norte de China, en las afueras de Pekín. Bajo las auspicios del Ministerio del Consejo de Estado de la Industria de la Maquinaria, los turistas pueden disparar una gran variedad de rifles, armas semiautomáticas, armas antiáreas y lanzacohetes antitanques.

En los pueblos Bati de Rajastán nadie podía recordar una boda local, porque las bodas tienen lugar en casa de la novia, y no hay mujeres Bati. Se dice que los Bati eran demasiado orgullosos para sufrir el empobrecimiento que suponía pagar dotes. Las novias se encontraban en las comunidades vecinas, pero se esperaba que siguieran la costumbre Bati: al nacer una niña, la madre debía colocar de inmediato una bolsa de arena sobre

su cabeza, sofocándola. Ahora que los tiempos han cambiado hay 50 niñas entre los 10,000 Bati, todas menores de diez años. Una de las más grandes, la única niña en una escuela de 175 niños, era considerada en el lugar la encarnación de una diosa. ¿De qué otro modo podía haber sobrevivido?

"Las siguientes son razones por las que usted no puede ser admitido en los Estados Unidos. Se le solicita que diga a un funcionario del consulado o a un funcionario de inmigración si cualquiera de estas razones se aplican a usted. Usted no puede ser admitido en los Estados Unidos si:

1. Es retrasado mental.
2. Está loco.
3. Alguna vez ha estado loco.
4. Es enfermo mental u homosexual.
5. Es drogadicto o alcohólico.
6. Tienen una peligrosa enfermedad contagiosa.
7. Es un futuro inmigrante y tiene una enfermedad o un problema médico que le impedirá ganarse la vida.
8. Es un mendigo.
9. Ha estado convicto de un crimen grave o ha cometido alguna vez un crimen grave.
10. Ha estado convicto de dos o más crímenes y ha estado tras las rejas por cinco años o más.
11. Es polígamo. (Aplicable sólo a inmigrantes.)
12. Es o ha sido prostituta o alcahuete de prostitutas.
13. Viene en busca de actos sexuales inmorales.
14. Viene a trabajar y no tiene licencia de trabajo.
15. Le gustaría alcanzar un cargo público.
16. Ya antes se le ha negado el permiso de entrar a los EEUU dentro del último año.
17. Ha sido arrestado y deportado de los EEUU en los últimos cinco años.
18. Es un polizón.
19. Obtuvo o trató de obtener su visa mediante fraude.
20. Su visa de inmigrante ha expirado o no tiene visa de inmigrante y viene a quedarse.
21. Su petición de inmigrante no ha sido debidamente aprobada en su favor.
22. No puede volverse legalmente ciudadano de los Estados Unidos porque es un evasor o un desertor del servicio

militar de los Estados Unidos.

23. Es narcotraficante o ha estado convicto por posesión de drogas o de marihuana.
24. Vienen como inmigrante de un territorio adyacente a los Estados Unidos y no es nativo o residente en ese país.
25. Viene como inmigrante y no puede leer o escribir en alguna lengua.
26. No tiene un pasaporte válido por seis meses más que el tiempo de su estancia y no tiene una tarjeta válida de pase de frontera.
27. Viene a cometer actos de violencia contra nuestro gobierno o nuestro pueblo.
28. Es o fue comunista o anarquista.
29. Viene a cometer actos de extrema violencia contra nuestro gobierno o nuestro pueblo.
30. Está a cargo de otro extranjero al que no se admite en los Estados Unidos.
31. Ha ayudado a extranjeros a entrar ilegalmente en los Estados Unidos.
32. Es graduado de una escuela de medicina y viene como inmigrante a practicar la medicina.
33. Fue nazi y ayudó a perseguir gente.

Despertó e, inexplicablemente, recordó una película que había visto en la infancia, una película de ciencia ficción de bajo costo de 1950. Dos profesores barbados están de pie delante de una máquina con luces centelleantes. Es una máquina del tiempo y el inventor le muestra a su colega cómo funciona.

Pone el cuadrante en cinco mil y pico y coloca una botella de refresco en la máquina. La botella desaparece y, momentos más tarde, una extraña botella cubista del futuro toma su lugar. Coloca una pluma fuente y recibe un extraño útil de escritura.

El colega se pregunta de pronto si la sociedad Phi Beta Kappa, de la que, naturalmente, es miembro, existe en el futuro. Pone su "llave", inscrita con las tres letras griegas, en la máquina. Aparece un medallón desfigurado con algunas palabras garabateadas.

—¡Cómo! ¡Parece griego! Usted estudió a los clásicos, profesor. ¿Qué dice?

— Sí, es griego antiguo... Y dice... "¡Auxilio!"

Traducción de Aurelio Aslaim

CARTA DE COPILCO

## LIBROS PARA UNA EXPOSICIÓN

GUILLERMO SHERIDAN

EN LA MAÑANA, la caligine del smog se posa sobre la explanada central de la Ciudad Universitaria como un algodón descomunal sobre una herida meritoria. Deambulan, somnolientos, algunos jóvenes con apariencia de pase automático. A la izquierda, la torre de la Rectoría —aún vacía de poderosos funcionarios y certeros burócratas— se yergue como la montaña de Mordor. Una encantadora célula de maofistas, con sus libritos rojos en ristre, cruzan la explanada con la cara al sol haciendo *jeté*, rumbo a la tortería.

Hacia mucho que no venía a la "zona comercial". Antes había comercios, pero los asaltos acabaron con ellos. Ahora sólo queda un puesto donde venden secadoras de pelo japonesas de contrabando, y otro donde venden cacahuates japoneses del país. La otra cosa que queda es la Librería, que aparentemente nadie quiso robarse. Me dirijo a ella porque he acumulado varios de los vales que la Universidad me regala mensualmente para comprar libros: son unos vales grises que dicen: 20 000 pesos para comprar libros en las Librerías UNAM. En ocasiones vienen junto a otros vales de color durazno que dicen: 20 000 pesos para comprar comida en la Tienda UNAM. ¡Qué detalles tan finos tiene para con nosotros la Institución! (Nosotros somos sus cincuentamil empleados.) El hecho es que tengo 100 000 pesos en vales con los que voy a comprar ejemplares de un libro mío que publicó la Universidad hace tres meses, para regalárselos a mis amigos.

Entro a la librería. Es bonita. Está llena de gente. Huele a papel y a tinta fresca. Un remanso gobernado por la majestad que emana de la palabra impresa. Hasta la voz de Elvis que brota de unas bocinas ocultas parece contagiada de ella.

Me echo un clavado en los millones de libros. Recuerdo que antes había libros de todas las editoriales en lengua española. Se los robaron. Ahora sólo hay de la UNAM. Nado en un mar infinito de temas, materias, autores y asuntos en libros de todos los tamaños y colores. ¡Estoy en mi elemento! Emerjo frente a un título asombroso: *Anatomía del diente*. Una clienta gorda se pasea entre los libros deglutiendo ruidosamente unas frituras de maíz. Trae unos *jeans* que ha rasgado para que, por las fisuras, se le

derrame la carne de las piernas, o de lo que sea.

Encuentro un libro curioso: *La titulación en la UNAM*. Su autora, Graciela Garza, demuestra que en 23 años estudiaron filosofía 1 921 alumnos de los cuales se recibieron 96, el ocho por ciento. El promedio en otras carreras es similar.

—¡Derecho económico de Wickers, hijo! —grita un empleado, despeinando al cliente.

—¡Agotado! —grita otro empleado que está viendo quién llega.

Hojeo la revista *El Caribe contemporáneo* que publica la Facultad de Ciencias Políticas. Trae un artículo titulado "Democracia y poder revolucionario en Cuba" de Haroldo Dilla. Es un artículo lleno de entusiasmo por la revolución. En su parte crucial dice: "La Constitución de la República de Cuba establece la libertad de palabra, de prensa, de asociación, de manifestación, de uso de la crítica y de la autocrítica (*sic*), siempre y cuando no se empleen contra el socialismo".

No veo mi libro por ningún lado. Hay otro cliente: un muchacho con lentes de aro que tiene la boca fruncida en un gesto de chiflar o de besar. Ninguna de las dos cosas sucede. De pecho recorro las secciones de geografía, de música, de matemáticas. Veo un *Diccionario de la lengua Chol de Tila, Chiapas* y me entero de que pene se dice *at* en chol. La palabra *at* será tan chiquita porque los choles de Tila tienen el pene chiquito? ¿o, quizá, porque les da pena? Ignórolo.

Llego de dorso a la sección de literatura. Buceo, pero no veo mi libro. Hay muchos de poesía debidos a poetas de los que no he oído hablar. Algunos tienen, sin embargo, apellidos idénticos a los de antiguos funcionarios. Uno escribe un poema fechado así: "(París: fe/72)", que culmina:

Viejo, cuando te viene la pinche nostalgia es como una menstruación que no se te para.

—¡Introducción matemática a la lógica, hijo!

—¡Agotado!

No estuvo mi libro en la sección de literatura. ¿Compraré un libro de arte?

Aquí está uno lujoso y enorme que tiró 1 500 ejemplares: *Jorge González Camarena en la plástica mexicana*, de Luna Arroyo. Me choca González Camarena. También le choca a Luna Arroyo: en un apéndice demuestra con documentos notariados que el pintor es un mentiroso y que le robó unos cuadros.

Braceo hacia una sección improbable. Se llama "Libros agotados". Hay miles de libros agotados presentes. Entre ellos, el *Derecho económico* de Wickers. Otro se llama *En torno al libro universitario*. Lo abro al azar y leo un concepto de Leopoldo Zea: "Hay algunas instituciones que si no publican se las lleva el viento."

Finalmente me decido a preguntar por mi libro.

—¡Índices de Contemporáneos de Sheridan, hijo!

—¡Agotado!

Eso quiere decir que por aquí debe de estar, pero no lo veo. Lo que sí veo es el tarjetero de asistencias de la librería. Hay catorce tarjetas en su lugar. ¡Todos los que están en la librería son sus empleados, incluyendo al joven que besará o chiflará! Me resigno a no hallar mi libro y decido aumentar mi colección de la *Graecorum et Romanorum Mexicana*. En eso descubro la portada de mi libro. Está en la sección agotados de bibliografía y hay como veinte ejemplares. Cuesta 35 000 pesos. Me alcanza para tres y me sobran cincmil.

—¡47 500 pesos! —grita la cajera.

—¿Qué no son 95 000?

—¡Tienen cincuenta por ciento de descuento!

Me llevo seis ejemplares de mi libro por el precio de tres. Afuera, alguien acaba de asaltar el puesto de cacahuates japoneses del país. Varias estudiantes de veterinaria prueban las secadoras japonesas de pelo. Camino satisfecho hasta que recapitulo y me digo: ¡seis ejemplares por el precio de ninguno, puesto que no desembolsé un centavo! ¡Seis libros de 35 000 cada uno, gratis!

Sin embargo, pienso que algo está mal, *tiene* que estar mal. Si yo no los pagué *alguien* los tiene que pagar: ¿quién? Y si no pagué nada por seis ejemplares de mi libro ¿no se desprenden de ello que mi libro no vale nada? Y, si no vale nada, ¿de quién recibiré mis regalías de ley? Ignórolo también.